

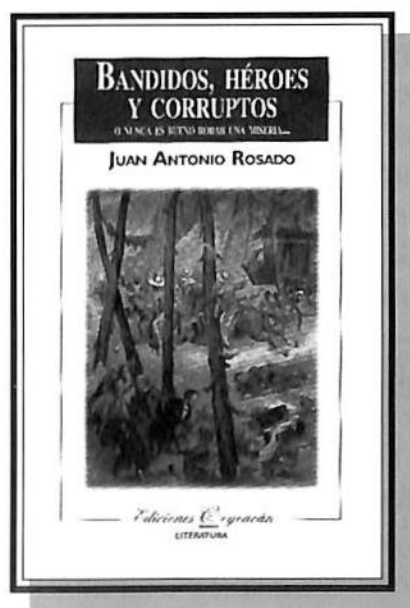
Bandidos, héroes y corruptos

(o nunca es bueno robar una miseria...)

Juan Antonio Rosado, propone, ante todo, una estética de lo moral. El subtítulo del ensayo, *o nunca es bueno robar una miseria*, si bien irónico y humorístico, ha de leerse como “casi nunca es bueno robar” o “nunca es bueno robar al erario” o “nunca es bueno robar los frutos del trabajo ajeno”. Interpretado de esta manera, el subtítulo encierra el profundo sentido de la estética socio-política de Juan Antonio Rosado y de Ignacio Manuel Altamirano, Luis G. Inclán y Manuel Payno, la trinidad de autores que ha elegido para ejemplificar o predicar su credo. Pero esta moral de Rosado no es, desde luego, la moral con naftalina del señor Abascal; por el contrario, se trata de una moral republicana, una moral culta, honesta y erudita, que defiende a la educación, el conocimiento, la equidad y la justicia sociales. No en balde, el autor ha elegido un epígrafe de Cervantes que nos recuerda que “letras sin virtud, son perlas en el muladar”.

En el capítulo primero de su ensayo, Rosado hace una revisión panorámica de las lecturas críticas que de *Astucia*, *El Zarco* y *Los bandidos de Río Frío*, se realizaron a lo largo de la primera parte del siglo XX. Esas interpretaciones, consigna el autor, en gran medida percibieron a estas novelas “como textos superficiales, creados sólo para divertir, o carentes de valores estéticos”. En contrapunto, el ensayista que hoy nos ocupa va delineando la axiología de su propia estética de lo moral y establece los alcances artísticos de las novelas.

Vale la pena subrayar que la crítica de Rosado nunca es absoluta ni maniquea y cuando encuentra coincidencias con sus predecesores, no duda



en reconocerlo. De la misma manera, en las divergencias de opinión es implacable e impecable.

Así, cuando el exateneísta Carlos González Peña únicamente valora plenamente a Altamirano al considerarlo "nuestro primer gran novelista", mientras que descalifica a Inclán por su "barbarie gramatical" y porque "tenía el don [pero] le faltó la forma" y, mientras que el mismo González Peña juzga a *Astucia* como una "novela sin literatura" y descalifica a Payno porque "de sensibilidad, tanto como de claro y delicado concepto del arte, anduvo ayuno", y cuando sentencia que Payno es un "don nadie" como artista, y cuando Julio Jiménez Rueda no encuentra profundidad en *Los bandidos de Río Frío*, Juan Antonio Rosado les responde que el arte no consiste sólo en buen estilo, fluidez o concisión formal.

Al contrario, para Juan Antonio Rosado las perlas del arte no pueden ser perlas cultivadas, y la literatura no puede encerrarse en sí misma y "anular el diálogo con el exterior, con lo que el mismo arte se nutre". Por eso, nos advierte "la teoría del arte por el arte fue y sigue siendo un absoluto fracaso. Hasta en Rubén Darío que propugnaba [...] por un arte independiente de toda ideología o moral [...] encontramos gran cantidad de elementos ideológicos y morales: la ética casada con la estética".

Rosado propugna por una literatura con valores ideológicos y morales, inmersos en la realidad de su tiempo. Esto significa que la universalidad humana y, por ende la universalidad literaria, sólo puede manifestarse en la circunstancialidad de la vida, lo universal sólo existe en manifestaciones concretas y cotidianas. En consecuencia, son los parámetros históricos, sociológicos, míticos e individuales, los que emplea Juan Antonio Rosado para juzgar el valor literario de Altamirano, Luis Inclán y Manuel Payno.

Por esa misma razón, rechaza la posibilidad de un arte supuestamente desinteresado y señala que las grandes obras están llenas de intereses y razones que con frecuencia no pertenecen al delicado reino de la belleza. Ejemplifica con el *Cantar del Mío Cid*, cuyo propósito fue que los castellanos capitalizaran



políticamente la reconquista; nos dice también que la *Eneida* de Virgilio tenía la intención política de glorificar a Roma y dotarla de un pasado mítico y grandioso por encargo del emperador Augusto. Vale la pena recordar que, antes de Augusto, el protector de Virgilio fue el político romano Cayo Mecenas, cuyo nombre, con el sentido que se conoce, ha pasado a formar parte de los diccionarios. Por último, Juan Antonio Rosado nos sugiere que los *Milagros de Nuestra Señora*, fue escrita en lengua vulgar por Gonzalo Berceo con la intención de contribuir a la destrucción de los cátaros que habían puesto en jaque al poder político de la Iglesia católica.

Con tales argumentos, Juan Antonio Rosado se suma a la aseveración de Víctor Hugo, en el sentido de que "la poesía no está en la forma sino en las ideas". Y es en el terreno de las ideas, que *Bandidos, héroes y corruptos* vincula a Inclán, Altamirano y Payno.

El libro que hoy nos ocupa consigna que de estos tres autores, fue Ignacio Manuel Altamirano quien con mayor claridad expresó su poética al

señalar que es necesario buscar, en el fondo de la novela, “el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas. La novela hoy suele ocultar la biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario”.

A lo largo de su ensayo, Juan Antonio Rosado nos demuestra que las obras de los tres autores cumplieron con dichos postulados ya que, además de retratar múltiples ángulos de la vida mexicana, denuncian las condiciones sociales de la época y la injusticia de las instituciones. Sin embargo, nos advierte el autor, ninguno de los autores permanece “en los meros acontecimientos ni en la mera mitificación o desmitificación de los distintos símbolos sociales, políticos o históricos sino que, implícita o explícitamente, expresarán una serie de ideas que van más allá del liberalismo político [y se] vinculan con un determinado plan de civilización [que] mantiene objetivos concretos, todos ellos encaminados a eliminar la barbarie institucional y una de sus manifestaciones más contundentes que, por desgracia no ha sido –ya no digamos erradicada– ni siquiera controlada: la corrupción de muchos funcionarios públicos”.

Para Rosado, este plan de civilización de los tres autores incluye la instauración o restauración de ciertos valores como la tolerancia (religiosa, política y literaria), la justicia, la educación y el trabajo. El acento de este plan de civilización,

según indica el autor, está en la educación moral como componente fundamental para la construcción de una auténtica comunidad civilizada.

En cuanto al propio plan de civilización del ensayista, nos propone que “al comprender la turbulenta realidad de nuestro pasado y la manera en que nuestros intelectuales trataron de ‘limpiarla’, podemos crear, por lo menos imaginariamente, la historia de nuestros anhelos y de nuestros errores y percibir cómo, a pesar de la Revolución de 1910, México sigue siendo un país dividido por intereses marcadamente partidistas o personalistas. Tal división nos aleja de lo que podría ser una pacífica convivencia de la pluralidad de intereses y credos, encaminada a buscar un equilibrio, a hacer crecer y progresar a la sociedad, independientemente de las ideas o ambiciones que se posean”.

En suma, escrito en excelente prosa, *Bandidos, héroes y corruptos*, penetra en el fondo de las tres novelas que disecta. La apariencia física, el volumen que contiene el ensayo de Juan Antonio Rosado, es engañoso. Al ver su escaso grosor, pudiera un distraído caer en la tentación de confundir el peso específico de la cantidad con la ligereza alada de la calidad, podríamos pensar que resulta imposible encerrar en tan pocas páginas el análisis serio y profundo que nos ofrece de tres soberbios ejemplos de la narrativa del siglo antepasado.

Sin embargo, el poder de concisión del autor y la riqueza alusiva de las ideas y de los libros que cita, glosa y comenta, convierten al delgado volumen de su ensayo en una suerte de libro de arena, aquél libro infinito imaginado por Borges, donde cada palabra, cada frase y cada párrafo están cargados de múltiples significados. Por ello podemos decir que el pensamiento de Juan Antonio Rosado posee las características del vuelo de una flecha lanzada por un buen arquero: un vuelo ligero, veloz y certero.

A lo largo del ensayo, Juan Antonio Rosado constantemente nos recuerda a los lectores y las lectoras, a los escritores y a las escritoras, a los y a las poetas, que siempre resulta imposible escapar o evitar la realidad, que la realidad siempre nos alcanza y que esta realidad nunca es unívoca y, por

el contrario, siempre es polifacética. Por eso aborda las obras estudiadas desde diversos ángulos que, al mismo tiempo, se contraponen y se complementan. Nos presenta las individualidades de Inclán, de Payno y de Altamirano; sus peculiaridades sociológicas, ideológicas, e incluso raciales; el contexto histórico nacional que marcó tanto el contenido de las obras como a la vida de sus autores, así como las lecturas que los críticos del siglo pasado han hecho de los autores del XIX. Por último, propone su propia lectura, la lectura de un crítico del nuevo siglo.

No quiero decir que Juan Antonio Rosado inaugure una nueva era de la crítica mexicana, porque él mismo nos recuerda a lo largo de su ensayo que la historia de México y la historia de su literatura parecen caracterizarse por un eterno retorno, por la cíclica repetición de bandidajes y corruptelas que sólo son combatidas por unos cuantos mexicanos heroicos que, por desgracia, con frecuencia son suplantados por caudillos mercenarios y carnavalescos como, por ejemplo, el presidente López de Santa Anna, uno de los modelos del personaje de Relumbrón, en *Los bandidos de Río Frío*. En palabras del propio Rosado "ciertas situaciones se repiten, así como los estados en que no ha dejado de permanecer el país".

¿Por qué entonces, un crítico contemporáneo, más allá de los legítimos afanes didácticos o eruditos, se ocupa hoy de novelistas del siglo antepasado? ¿Por qué se preocupa tanto del México Independiente que se debatía entre liberales y conservadores; por qué se ocupa del Yautepec asolado

por asaltantes y secuestradores que nos pinta Altamirano; por qué le inquieta que la justicia se vendía al mejor postor como nos cuenta Inclán; por qué insiste en que entre las capas de población existían enormes diferencias de ingreso, educación y oportunidades; por qué recordar los tiempos en que se discriminaba a los indígenas, la época en que el clasismo era casi estamental y los pobres estaban condenados a nacer y morir sin esperanza? ¿Por qué irritar las heridas si hoy vivimos en un país maravilloso, democrático, pleno de oportunidades y dispuesto a competir hablándose de tú con los mejores del mundo? ¿Es que a este crítico no le han dicho que a México sólo lo detienen los "contreras", que ladran como perros y no saben soñar como el Quijote? A dicho autismo responde Rosado que "la denuncia de las injusticias, de la negligencia de las 'fuerzas del orden' y de la corrupción *a todo nivel* en las tres novelas, implica un nítido pensamiento social que, desgraciadamente, la misma realidad se ha encargado de actualizar".

En *Bandidos, héroes y corruptos*, Juan Antonio Rosado actualiza el significado profundo de las palabras que expresan los problemas reales de México. No es, desde luego, una interpretación literal; es una interpretación literaria y, por tanto, alusiva y polivalente. Pero cualquier lector comprenderá que las muchachas abandonadas de ayer son las madres solteras de hoy, que los niños de la calle de hoy son los huérfanos de ayer, que la delincuencia organizada y los grupos paramilitares de hoy son el bandidaje de ayer, que el robo a la diligencia de ayer es el asalto de la micro de hoy; que el estanco de anteayer es el Fobaproa del ayer, el IPAB de hoy, el de mañana y el de los hijos de nuestros hijos. Por desgracia, parece que la utopía de ayer sigue siendo la utopía de hoy y que los sueños, sueños son. Sin embargo, el libro de Juan Antonio Rosado nos brinda la fortaleza de la comprensión y nos ayuda a vivir con los ojos abiertos. LC

Juan Antonio Rosado, *Bandidos, héroes y corruptos (o nunca es bueno robar una miseria)*, Ediciones Coyoacán, México, 2001, 114 pp.